

Cicerón y la teoría del escopo¹ (cómo quería traducir Cicerón)

Pedro C. TAPIA ZÚÑIGA

*Para el Maestro RAFAEL MORENO MONTES DE OCA
por sus cincuenta años de actividad académica 1946-1996.*

ABSTRACT: This article offers an overview of the *Skopostheorie* of the German translologist Hans Josef Vermeer. This theory proposes a functional approach to translation, that is, an approach that bears in mind the public for which the translation is intended. According to Dr. Vermeer's book *Skizzen zu einer Geschichte der Translation*, the basics of this "modern" translological theory can be traced back to Cicero, particularly to the *De Oratore*. The Roman orator contemplated a functional translation, even though he never put it into practice.

Bajo este título, redacto, por si fueran útiles a alguien, algunos apuntes sacados de mis lecturas sobre el tema de traducción de los clásicos; mediante "mis lecturas" sólo me refiero a algunos trabajos del profesor Hans Josef Vermeer, y, en concreto, sólo intento esbozar lo que, en mi opinión, él piensa de las traducciones de los clásicos, y lo que el clásico Cicerón, según

¹ El texto de este artículo fue leído el 7 de mayo de 1996 en El Colegio de México durante el VII Encuentro Internacional de Traductores Literarios, bajo el título: "Traducción de los clásicos: Cicerón". Para su publicación le hice las modificaciones que me parecieron pertinentes.

Vermeer, piensa sobre la traducción,² aunque es posible que a lo largo de estas líneas, tácita o explícitamente, haga referencia a otros autores. Mi mérito, si hay alguno, se reduce a la formulación española de algunos pensamientos del traductor alemán en materia de traductología;³ por lo mismo, si en mi exposición hay algo de originalidad, dicha originalidad estriba en esto, en decir que no soy original.⁴

En un trabajo aún inédito,⁵ Vermeer dice que, si uno lee publicaciones y ponencias presentadas en diferentes ocasiones como, por ejemplo, en congresos, debemos concluir en que aún sabemos muy poco sobre lo que implica el proceso de la translación (traducción e interpretación); muy poco, como para esperar rápidos progresos en el campo de esos estudios. Dice que quizá sea su viejo escepticismo el que, en la actualidad, lo hace ver que más bien damos pasos hacia atrás, y no hacia adelante, en este campo. Él tiene y nota, afortunadamente, algunos destellos de esperanza, y afirma que, antes que nada, necesitamos un punto de partida claro; un punto desde el cual podamos partir con miras a romper el círculo vicioso de las interminables variaciones del mismo tema: 'traducciones libres' y 'traducciones fieles'.

El punto de partida de Vermeer es la teoría del escopo; se trata de una teoría estrictamente funcional y sinceramente abierta a la

² En 1996, el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM publicó un librito sobre el tema: Pedro C. Tapia Zúñiga, *Cicerón y la traductología, según Hans J. Vermeer*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos 39). Dicho trabajo es la traducción de un capítulo del libro que publicó Vermeer sobre historia de la traducción; cf. Hans J. Vermeer, *Skizzen zu einer Geschichte der Translation*, Frankfurt a.M., IKO - Verlag für Interkulturelle Kommunikation, 2 Bände, 1992. El capítulo se encuentra en el primer volumen, pp. 209-249, y se llama: "Der Driespalt: Cicero". En el prólogo a ese cuaderno advertí que no me proponía sistematizar la teoría del Profr. Vermeer, sino ubicar y familiarizar al lector con sus pensamientos y su terminología.

³ La ciencia de la traducción y de la interpretación.

⁴ Cf. Luciano de Samosata, *Historias verdaderas*, I 2: "si en mis palabras hay algo de verdad, dicha verdad estriba en confesar que miento".

⁵ Vermeer Hans J., "Starting to unask what translology is about (the meaning of skopos theory)"; probablemente se publicará en *Target*.

crítica: no hay dogmatismos, aunque quizá haya algo de esto al afirmar que el lenguaje humano también es así: estrictamente funcional. Según Vermeer, la teoría del escopo parece dar una respuesta a la cuestión de por qué o con qué propósito traduce el traductor. En esta teoría se trata de algo prospectivo,⁶ ya que, según parece, no tiene sentido traducir un texto –en la forma que se quiera–, si la traducción no sirve o sirve mal de acuerdo con el objetivo que se propone.

Estrictamente hablando, ninguna de estas ideas es novedosa dentro del pensamiento de Vermeer, acaso su pesimismo, y ni siquiera éste; ya en 1989 terminaba una reseña sobre un congreso de traducción,⁷ con las siguientes palabras: “traducciones literales, traducciones libres. Quizá deberíamos reflexionar sobre la conveniencia de plantear en forma distinta esas cuestiones que son las mismas que se plantean ya desde hace siglos, y hoy no ofrecen ninguna perspectiva”. Ya desde 1978, año en que puede ubicarse el ‘renacimiento’ de la teoría del escopo,⁸ Vermeer, casi como el Sócrates de Platón, repite e insiste, explica y ejemplifica, ataca, defiende y se defiende, ora se apoya en la filosofía, ora en la teoría de la recepción, ya explora en los terrenos de la neurofisiología, ya vuelve a la lingüística,⁹ ya incluso recurre a los “memes” de Dawkins, para basar su teoría y afirmar que, si la traducción es posible, la teoría del escopo, como teoría aplicada,

⁶ Es decir, hay que “ver hacia adelante”, hacia el nuevo texto (la traducción) y sus destinatarios; el profesor Vermeer remite a Postgate, J. P., *Translation and translators. Theory and Practice*, London, 1922.

⁷ Cf. M. Ammann + H. J. Vermeer, 1o. Encontro de tradução literaria (português/alemão), Lissabon, 4.-7. 4., 1989, Bericht, en *TEXTconTEXT* 3, 4, pp. 198-202.

⁸ Cf. Hans J., Vermeer, “Ein Rahmen für eine allgemeine Translationstheorie”, primeramente publicado en *Lebende Sprachen* 23, 1978, pp. 99 y ss.; posteriormente en Hans J. Vermeer, *Aufsätze zur Translationstheorie*, Heidelberg, 1983, pp. 48-61.

⁹ Vermeer presentó en Heidelberg, en 1963, su tesis doctoral *Adjektivische und verbale Farbausdrücke in den indogermanischen Sprachen mit e-Verben. Ein Beitrag zur Frage der Wortarten und zum Problem der Übersetzbarkeit*. Posteriormente impartió clases de lingüística aplicada en la Universidad de Friburgo.

funciona, y funciona bien o, al menos, puede dar mejores resultados que esos a que se llega mediante cualquier otro procedimiento, llámese literal, o *ad verbum*, o transcodificante, o *verbum pro verbo*, o literaria en todas sus modalidades: ya sea *ad sensum*, ya *sensum de senso*, ya equivalencia dinámica.

Por lo demás, su teoría no es nueva en otro sentido: muchas expresiones del pasado, de hace siglos e incluso milenios, apuntan hacia una teoría del escopo; hay que remontarla incluso hasta Cicerón,¹⁰ a pesar de que Cicerón mismo nunca la llevó a la práctica. ¿En qué consiste, qué dice, cómo se formula dicha teoría? Podría definirse como una descripción científica del trabajo de los traductores, concebido como una actividad estrictamente funcional. Esta teoría es sistemáticamente antidogmática; ni se jacta de ser “la” teoría, ni cree en la omnipotencia gramatical dentro del terreno de la comunicación: hablando objetivamente, no es posible transmitir mensajes unívocamente exactos, mediante las solas estructuras gramaticales. El que habla (o escribe) hace el intento de comunicar algo a su interlocutor mediante un texto que, apoyado en múltiples elementos paralingüísticos, le parece el mejor; busca, pues, un texto que funcione de acuerdo con las circunstancias. De la misma manera, el traductor, calculando los elementos paralingüísticos de su texto de partida, debe buscar un texto que, dadas las circunstancias, funcione óptimamente, de acuerdo con el objetivo que se propone. El que escribe no está en función de un texto, sino en función de un mensaje; por lo mismo, si al hablar o escribir hay algo de sagrado, lo sagrado no es el texto, sino el mensaje; el texto sólo fue, o es, un elemento más dentro del proceso de comunicación. Se supone, pues, que la traducción no es un simple proceso gramatical, sino una ‘actividad humana’ más compleja; por lo mismo, implica una reflexión profunda sobre lo que es y supone estrictamente dicha actividad. Sobre esto volveré más adelante.

¹⁰ Años 106-43 a.C. Para otras “expresiones del pasado”, cf. nota 28.

Esta teoría puede usarse descriptiva y prescriptivamente. Si se usa descriptivamente, puede servir como punto de partida para analizar traducciones del pasado: pueden, en este sentido, resultar nuevos enfoques dentro del estudio de los procesos de traducción que se han dado en la historia, y dentro de los modelos o teorías que subyacen bajo esos procesos. Sobre este aspecto, Vermeer publicó en 1992 sus dos tomos de *Bosquejos para una historia de la translación*,¹¹ sobre lo cual, espero, habrá que volver en el curso de estas líneas. Si la teoría se usa prescriptivamente, es decir, como teoría aplicada, puede servir para producir mejores traducciones que, por ejemplo, esas que resultan de una imitación retrospectiva de la estructura de superficie del texto de partida. Vermeer afirma que estas imitaciones, en sí, no tienen en cuenta la función que el nuevo texto va a desempeñar dentro de la cultura de llegada, y que es necesaria una ‘educación’ de los que encargan traducciones, y de los traductores, y de los teóricos de la traducción, a fin de convencerlos de una perspectiva estrictamente funcional.

Hay algo motor y, en mi opinión, ‘neurálgico’, que debe tenerse en cuenta antes de entrar al detalle: el relativismo, esa inestable contingencia que sigue y persigue al ser humano desde su nacimiento, y le derrumba sus castillos platónicos de ser y de tener algo definitivo y propio para siempre: el paraíso de una verdad perdida que milagrosamente se plasmó en un histórico tejido de palabras. Amamos ser, nos gusta tener algo propio, somos generosamente fanáticos de la verdad, y el relativismo, casi como el precio del pecado original, nos tortura en nuestra sed de ser y tener algo verdadero y definitivamente propio. No es raro que nos cueste hacernos a la idea de lo relativo. “Parto”, dice Vermeer, “de una concepción relativa; sí, incluso doblemente relativa; considero la translación como algo que se dirige o puede dirigirse relativamente a un objetivo, y considero la teoría del escopo como una entre muchas otras teorías posibles. El que yo

¹¹ *Skizzen zu einer Geschichte der Translation...* Cf. supra, nota 2.

la prefiera estriba en el hecho de que ella, mientras no se le ponga una refutación sensata, me parece la más fructífera".¹² Otros, desde su perspectiva, pueden comenzar desde cualquier otro lado, y aventurar otras teorías; lo importante es lograr nuevos resultados. Sin embargo, vayamos poco a poco hacia esa teoría.

Comencemos por lo más trivial. Cuando le decimos algo a alguien, queremos que ese alguien nos entienda, y sucede lo mismo cuando escribimos; y no sólo hablamos y escribimos para que nos entiendan, sino a fin de que nos entiendan bien. Incluso nos enojamos, cuando el otro no puede decirnos claramente lo que quiere, y casi nos desesperamos (como yo al redactar estas líneas), si no logramos decir exactamente lo que queremos, a fin de hacer entender al otro lo que pensamos. Esto, según parece, nadie lo niega, y nadie negará que un mal discurso, oral o escrito, puede tener una triste fuente: no saber, no tener la idea clara de lo que se quiere decir. Pero hay algo más. Cuando hablamos con alguien, casi automáticamente tomamos en consideración ciertos elementos que, para decirlo pronto y pasar a otro punto, pueden resumirse en una frase: pensamos en ese a quien nos dirigimos. Quién es (un niño, un adulto, mi amigo, un enemigo, un alumno, un maestro, un hermano, un superior, etcétera); qué sabe ya de lo que quiero decirle (algo, mucho, poco, nada); de qué humor está (normal, exaltado, triste, enamorado, de pocas pulgas, preocupado, etcétera); qué piensa de mí, y nuevamente etcétera; y nadie negará que muchos de nuestros fracasos de comunicación obedecen al no haber tenido en cuenta a nuestro interlocutor, al destinatario del mensaje. Pues bien, traducimos porque pensamos o creemos que vale la pena decirle a alguien algo que alguien le

¹² Cf. Hans J. Vermeer, *Aufsätze zur Translationstheorie...* etcétera, p. 22. Vermeer cita a Larry Laudam, *Progress and its problems. Towards a theory of scientific growth*, London - Henley, 1977, p. 71: "the evaluation of theories is a comparative matter", y remite a Otto A. Baumhauer, *Die sophistische Rethorik. Eine Theorie sprachlicher Kommunikation*, Stuttgart, 1986, pp. 183-188, para asentar que el relativismo no es un caos fuera de control, sino algo totalmente evaluable.

dijo a algún otro, o porque alguien que cree o piensa lo mismo, nos encomienda esa tarea.

También es importante la cultura del interlocutor. Una cultura puede definirse como la expresión comunitaria de unos individuos que, y en tanto que, valoran el mundo de la misma manera y, por lo mismo, también lo expresan de la misma manera.¹³ Partiendo de la idea de que un texto, como si fuera un organismo o producto de un organismo, contiene muchas imperfecciones (al contrario de una máquina),¹⁴ Vermeer piensa que la cultura también puede definirse como el ambiente al cual un texto considera como propio, y como dominable (comprensible) por él.

La especialidad del traductor, del experto en textos, es la transculturación de esos organismos, y es tarea suya el estudio de las circunstancias en que surgieron, de sus condiciones de vida y de su o de sus funciones, a fin de adaptarlo a otro ambiente, a otra cultura (paracultura, diacultura, o idiocultura), de manera que tenga las condiciones óptimas para vivir bien y funcionar adecuadamente. “No tiene mucho sentido traducir un textema lo más ‘fielmente’ que se pueda (es decir, literalmente en lo posible), si ese procedimiento hace que la comprensión de la traducción, del nuevo texto, sea innecesariamente difícil para los destinatarios que uno se propone, o si, incluso la imposibilita. El traducir (igual que el hablar o el escribir) tiene como objetivo la transmisión potencialmente óptima de un mensaje a unos destinatarios que tienen otra cultura.”¹⁵

¹³ Cf. Vermeer, Hans J., *Aufsätze zur Translationstheorie (einige Kapitel Kultur- und Sprachtheorie)*. Heidelberg, 1986, p. 180.

¹⁴ Cf. Holz-Mänttari, Justa, “Translation und das biologisch-soziale Gefüge Mensch”, en Holz-Mänttari, Justa (ed.), *Translationstheorie - Grundlagen und Standorte*, Tampere, 1988 (studia translologica A 1).

¹⁵ Cf. Vermeer Hans J., “Starting to unask what translology is about... Cf. supra, nota 5. En este párrafo, Vermeer hace dos anotaciones; en una, para precisar los conceptos de “texto” y “textema”, remite a Vermeer, Hans J., “Text und Textem”, en *TEXTconTEXT* 5, 1990, pp. 108-114, y en la otra dice: “con el adverbio ‘potencialmente’ me refiero a lo que es capaz de funcionar de acuerdo con la opinión del receptor. Una traducción nunca es algo más que un intento de alcanzar su

A propósito de esta cita, quisiera referirme a algo que, a mi modo de ver, es un malentendido que hay entre algunos de nosotros¹⁶ sobre la teoría de Vermeer; me refiero al pensar que, con base en ella, se corona el caos y la posibilidad de que cada quien haga como Dios le dé a entender. Es cierto que nunca más que ahora los traductores pueden moverse libremente en la formulación de un texto, sin el fetichista temor de estar traicionando la lengua o la verdad del texto de partida: pueden traducir “como les venga en gana”, siempre y cuando reflexionen un poco sobre eso que hacen cuando traducen: ellos trasladan profesionalmente el mensaje de una persona, que tuvo lugar en un tiempo, en una lengua, en una cultura y en otras circunstancias determinadas, para otra u otras personas que tienen otros tiempos, otra lengua, otra cultura y otras circunstancias particulares.

Es cierto, de acuerdo con la teoría del escopo, que los traductores pueden traducir casi como les venga en gana, el traductor es libre; sin embargo, la libertad es relativa: el traductor es “libre” con respecto al texto de partida, pero es responsable del nuevo texto; es libre de formularlo a su gusto, pero de acuerdo a un objetivo (el escopo); es libre de aceptar o no aceptar cualquier posible objetivo, pero dado un objetivo, tiene que someterse a los requerimientos de ese objetivo.

Por lo demás, la libertad del traductor con respecto al texto de partida no significa desprecio a dicho texto ni, menos, otorgarle un diploma a la incompetencia lingüística. Vermeer siempre ha sido enfático al afirmar que el traductor está obligado a ver, estudiar y examinar hasta ‘entender’ su texto base, y no sólo desde el punto de vista lingüístico; en esto, no tiene nada en

propósito, una ‘oferta de información’”; sobre esto (*Informationsangebot*), cf. Vermeer, *Aufsätze zur Translationstheorie...* etcétera, pp. 263, 458 y 470. Por cierto, y desafortunadamente, la revista *TEXTconTEXT* dejó de aparecer en 1995.

¹⁶ Miembros de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y de El Colegio de México que asistieron al curso “Traducción y traductología (teoría, práctica y didáctica)”, impartido por el Profr. Vermeer en el Instituto de Investigaciones Filológicas, del 22 de febrero al 5 de marzo de 1993.

contra de quienes proclaman la sacralidad de los textos originales. Lo que afirma su teoría, y enfáticamente, es que lo que el traductor hace a partir de sus conocimientos del texto de partida, y cómo maneja dicho texto dentro de su actividad translatoria, no depende tanto de las características de dicho texto, sino del objetivo de su traducción.¹⁷ La traducción es una actividad humana; toda actividad humana que se jacte de ser tal, debe tener un objetivo; por tanto, toda traducción debe tener un objetivo.

Y ya que hablamos del texto de partida y de su importancia, creo que vale la pena precisar algo más acerca del texto. Al hablar de textos, orales o escritos, se supone, por una parte, que un emisor quiere comunicar algo a un destinatario (o a un conjunto de destinatarios), porque cree que ese algo contiene 'elementos informativos nuevos' para el destinatario; por la otra, también se supone que el destinatario cree que se le quiere comunicar algo nuevo. Ahora bien, 'lo nuevo' que se quiere comunicar puede consistir o bien en *el contenido*, o bien en *la forma* de la comunicación. Esto último sucede cuando el que habla o escribe supone que lo nuevo de su comunicación no está en el contenido que, según él, ya es conocido por el destinatario, sino en la forma en que lleva a cabo su comunicación, por ejemplo, en un poema lírico, donde, en la actualidad, raramente se informa algo nuevo en cuanto a contenido. Éste sería el lugar adecuado para hablar de tipología de textos o, mejor dicho, de 'tipología funcional de textos'.¹⁸ Baste recordar que Cicerón, desde su ju-

¹⁷ Cf. Vermeer, Hans J... *Skizzen zu einer Geschichte der Translation...* Vol. I, pp. 124-125.

¹⁸ Sobre el tema, Vermeer suele citar con frecuencia a Katharina Reiss, *Möglichkeiten und Grenzen der Übersetzungskritik. Kategorien und Kriterien für eine sachgerechte Beurteilung von Übersetzungen*, München, 1971 (= Hueber Hochschulreihe 12); id. *Texttyp und Übersetzungsmethode. Der operative Text*, Kronberg/Ts., 1976 (= Monographien Literatur + Sprachwissenschaft + Didaktik 11); id. + Hans J. Vermeer, *Grundlegung einer allgemeinen Translationstheorie*, Tübingen, 1984 (= Linguistische Arbeiten 147), y, sin aceptar del todo su terminología, a Christiane Nord, *Textanalyse und Übersetzen. Theoretische Grundlagen, Methode*

ventud,¹⁹ distinguía entre función (*officium*) y fin (*finis/skopós*), y apuntar que, según la teoría del escopo, el traductor está obligado a ocuparse de las funciones de su texto de partida, a fin de establecer cuál es, según él,²⁰ la predominante, y a cuál, según su objetivo, va a favorecer su nuevo texto. Sin embargo, sea como sea, una vez que se ha puesto un objetivo, el traductor está obligado con él, y sus estrategias deben adecuarse a la función que va a desempeñar el nuevo texto, es decir, la traducción: ésta debe funcionar en la cultura de llegada. Por supuesto, la función de un texto puede cambiar, y no sólo en el proceso de traducción; sin embargo, esta idea no tiene nada de novedoso.

Decía yo, volviendo al tema, que cuando hablamos o escribimos queremos que nos entiendan, y que lo mínimo para lograr este objetivo es tener en cuenta a la persona a quien se le habla y, dado el caso, la cultura de esa persona. Es posible que al traducir olvidemos esta trivialidad, porque, al hablar, la realizamos casi por *default*; sin embargo, también es posible que, como el avestruz, queramos olvidarla merced a que, vista en serio y dentro del campo de la translación, resulta una tarea no fácil y de lo más complejo que uno pueda imaginarse.

La translación, vista desde su verdadera perspectiva, es un complejísimo proceso: en ciertas circunstancias, alguien, con su prehistoria individual y como miembro de una sociedad (de una cultura) necesita una traducción. Otro, también con su historia individual y miembro de una sociedad, es un especialista que está dispuesto a realizarla. La traducción está pensada para una determinada situación (o tipo de situación) de alguien que tiene su historia individual y es miembro de otra cultura. Ahora bien, como punto de partida existe un texto escrito por alguien que, a

und didaktische Anwendung einer übersetzungsrelevanten Textanalyse, Heidelberg, 1988.

¹⁹ Cf. Ciceronis, *De inventione*, 14-15.

²⁰ Cf. Cruz, María Teresa, "Semiotik und Übersetzung", en *TEXTconTEXT* 3, 1988, pp. 32-42.

su vez, tenía su propia historia individual y tenía en mente a otros destinatarios que, por supuesto, también tenían su propia historia. Entra en juego toda una red de estados, acontecimientos, valores, suposiciones, etcétera. Sin duda, el traducir no funciona como un ingenuo trasladar o transcodificar palabras, frases, oraciones y textos de una lengua a otra, mediante una correspondencia gramatical y léxica. En este complejo reticular de que se hablaba, ¿es legítimamente posible hacer algo más que *intentar* acercar a alguien mediante alguien el deseo de alguien, teniendo en cuenta las implicaciones de los ‘continuos de posibles mundos’²¹ y aceptando que éstos (la realidad en que uno vive) filtran en nuestras acciones sus factores relevantes? Sin embargo, al final, no debe darse la frustración de un ‘no se puede’; al final debe verse y sentirse el alarido triunfante de un ‘claro que se puede’, siempre y cuando un experto se dé a la tarea de transformar algo que era para alguien, en un algo distinto para un alguien distinto. La translación es creativa, es una recreación. Legítimo.²²

A la vista de lo anterior, parece claro que, ‘en sí’ y ‘por sí mismas’, las traducciones literales y las literarias (en cualquiera de sus variantes) no tienen sentido. ¿Por qué? Intento bosquejar algunos argumentos. Desde luego, y parece que en nuestro tiempo ya nadie lo niega, por la evidente arbitrariedad de estos proce-

²¹ Mediante esta expresión se hace referencia al hecho de que la vida de todos nosotros transcurre entre el mundo de la realidad y el de la fantasía; dichos mundos se influyen mutuamente, y no es posible distinguir dónde termina uno y comienza el otro: un sueño puede hacernos sudar físicamente.

²² Cf. Vermeer, Hans J., *Aufsätze zur Translationstheorie...* etcétera (cf. nota 2), p. 236. Vermeer tiene varios señalamientos sobre el concepto de traducción como “recreación”. En sus últimos trabajos remite a Holz-Mänttari, Justa, “Bildungsstrukturen und Netzwerke für ein Tätigkeitsfeld Textdesign”, en *TEXTconTEXT* 8, 1993, pp. 259-293, y a Renate Resch, “Oedipus und die Folgen: Die Metaphorik der Translationswissenschaft” (en prensa) de quien, esperando su perdón, me atrevo a citar un pedazo de párrafo: “Es ist daher ein dringendes Desideratum an die Übersetzungswissenschaft, Translation weder direkt noch metaphorisch als reproduktive Tätigkeit zu definieren. Angesichts der angestellten Überlegungen muß Übersetzung als Textproduktion in Rahmen des theoretischen Konzepts ‘Intertextualität’ beschrieben werden”.

dimientos, tanto del literal (*ad verbum*) como del literario (*ad sensum*). Pensando, por ejemplo, en traducciones literarias que intentan “que el posible lector *reciba* el mismo conocimiento o deleite narrativo, en su lengua original, de como fue escrito tal o cual texto”,²³ cabe preguntar cómo puede medirse el conocimiento o deleite que produjo una obra en sus destinatarios originales, y el que producirá la traducción en sus posibles (¿todos?) destinatarios. Nadie habla o escribe ‘para todos’, en general, sino para alguien bien preciso. ¿Con qué bases podemos decir y afirmar que *conocemos lo que* quiso decir el autor del texto de partida? Nunca se entiende ni se transmite *lo que* dice un texto (o textema, para ser más precisos), sino lo que el traductor entendió del texto, y en ese sentido, toda traducción es sólo y únicamente una ‘oferta’ de información:²⁴ te ofrezco lo que yo entendí de ese texto.

Intentaré ser más específico, siguiendo a Vermeer casi literalmente;²⁵ un planteamiento tradicional (y ello no significa que se trate de algo obsoleto) afirma que la tarea del traductor es simple, y estriba esencialmente en la transcodificación de un texto de partida en un texto de traducción. Sin embargo, aquí, el problema secular e insoluble hasta nuestros días, estriba en determinar cuándo y dónde se da una relación óptima entre el texto de partida y un texto de traducción, logrado mediante los preceptos de este procedimiento.

²³ Cf. Gaceta UNAM, 2656 (28 de mayo de 1992), p. 17; es una especie de reseña que Juan Marcial hizo al Tercer encuentro internacional de traductores; indirectamente se atribuye la expresión al maestro Antonio Alatorre. En teoría, e independientemente de rencillas personales, esta formulación de Alatorre es laudable en cuanto a su postura prospectiva; sin embargo, para la teoría del escopos de Vermeer, es vaga e insuficiente.

²⁴ Vermeer, Hans J., “Translation als *Informationsangebot*”, en *Lebende Sprachen* 27, 1982, pp. 97-101.

²⁵ Cf. Vermeer, Hans J., *Skopos und Translationsauftrag - Aufsätze*, Heidelberg, Universitätsdruckerei, Heidelberg, 2a. ed., 1990, pp. 47 y ss. (thw 2), y *Aufsätze zur Translationstheorie...*, pp. 412 y ss.

Por supuesto, se dice que el ideal sería lograr que la discrepancia entre un texto y otro fuera, en lo posible, insignificante en todos los niveles del texto: en el formal, en el de contenido y en el funcional. En este aspecto, resulta curioso que, con frecuencia, ni siquiera se haya tomado en cuenta el nivel de la 'función del texto'; y en tal forma, quizá ni se discute el problema de su uso, de la utilidad de un texto con respecto a ese alguien que será el lector, e incluso donde se llega a hablar de esa función y del destinatario del texto, no se llega a un planteamiento sistemático de estos factores dentro de una teoría unitaria.

Nos guste o no, entre menos discrepancias haya en el nuevo texto con respecto al texto original, es decir, entre más se oriente una traducción por el texto que se traduce, es mayor el peligro de que la traducción resulte agramatical, y de que su contenido y su sentido resulten difíciles de comprender, o simplemente incomprendibles para el destinatario. ¿Cuáles son los criterios que definen los límites de la 'aceptabilidad' de un nuevo texto, de una traducción? ¿Acaso la posibilidad de que se entienda? ¿Que se entienda bien? Y, ¿qué significa "bien", qué significa "que se entienda"? Que se entienda; es decir, que sea inteligible; pero, ¿para quién? ¿Cuándo? ¿Bajo qué condiciones? Dentro de esta teoría, una traducción sería 'buena', cuando imita en todos los niveles y con la mayor fidelidad posible el texto de partida y, al mismo tiempo, la traducción resulta comprensible para el lector; pero, aquí, ¿qué significa "fidelidad"? ¿Qué significa "imitar"?

Toda verbalización tiene lugar en una situación determinada. El discurso escrito, el texto, sólo es una explicación parcial de una situación: una gran parte de las circunstancias situacionales se da simbólicamente, mediante signos de interacción, o paralingüísticos, en una forma distinta de la verbal; por ejemplo, mediante gestos (con los dedos, con las manos, con los ojos, con la cabeza): en el discurso, en un texto, lo lingüístico y lo paralingüístico se entremezclan, y la sola codificación lingüística de un mensaje, el puro texto, no es todo lo que un autor tuvo a su alcance a la hora de su discurso.

En resumen, una teoría tradicional (orientada hacia el texto de partida) pide, por una parte, fidelidad a dicho texto, y por la otra, comprensibilidad del texto de llegada. Estos objetivos no bastan para una teoría funcional como es la teoría del escopo; no bastan, porque esa teoría sólo se refiere a procedimientos casuales y específicos para llegar a esos dos objetivos; pero ni ha podido, ni puede, formular una teoría, y esto se debe a que quiere solucionar al mismo tiempo problemas heterogéneos, y busca, por así decirlo, encontrarle la cuadratura al círculo. En efecto, la relación que hay entre forma, contenido y sentido de un texto es diversa en cada lengua y en cada cultura, y no es susceptible de medirse con el mismo metro en todas las lenguas y culturas.

Además, el problema de la fidelidad al texto de partida es esencialmente más complicado de lo que hasta ahora se ha supuesto en esa teoría de la transcodificación. Ésta parte simplemente de la estructura de superficie,²⁶ sin preguntarse por los problemas que se encuentran más al fondo, para llevarlos o incluirlos en una comparación de los textos. Por otra parte, hace agua al permitirse excepciones a su principio de fidelidad cuando, por ejemplo, se presentan expresiones o fórmulas tradicionales: *res publica* es “la cosa pública”, pero en ciertos lugares y textos hay que traducir, por tradición, mediante “la república”. Si en alemán uno se encuentra con el neotestamentario *verlorene Sohn*, no traducimos mediante (el) “hijo perdido” como corresponde, sino, por tradición, mediante “el hijo pródigo”, etcétera. Fidelidad e imitación de un lado para otro, hacia acá y hacia allá. Por lo demás, y Vermeer lo dice con frecuencia, la crítica a estos procedimientos no se dirige contra los procedimientos en sí y como tales, sino en contra de la irregularidad con que se aplican en cada caso: una casuística que no puede regularse por ninguna teoría.

²⁶ Para estructura de superficie, cf. Greimas, A. J. y Courtés, J., *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje* (versión de E. Ballón Aguirre y H. Campodónico C.), Madrid, Gredos, 1982, y Greimas, A. J., *Semántica estructural* (versión de Alfredo de la Fuente), Madrid, Gredos, 1976².

Vermeer piensa que, ante “estas” teorías hay que poner otra, una estrictamente funcional; ésta supone y pone énfasis en una traducción que es un tipo de comunicación definible como una interacción en donde los elementos lingüísticos son esenciales, pero no excluyentes. Intento, a la manera de lo viejos escolásticos, explicar los términos. La palabra “interacción”, de acuerdo con sus elementos, es el resultado de un inter-actuar, donde “actuar” puede entenderse como el “estar en” o “ponerse en” *movimiento* intencionalmente, de manera que no debe entenderse como acción ‘humana’ aquella donde no hay intención.

Al hablar, pues, de ‘inter’-acción, hay que entender el actuar de dos (o más) que está intencionalmente encaminado a establecer una comunicación entre ellos, y es entendido como tal por los implicados en ese proceso; es decir, uno actúa para ponerse en contacto con otro, y éste entiende que el actuar del otro intenta una comunicación. Así como en las acciones personales se excluyen aquellas que no son intencionales, de la misma manera, metodológicamente, hay que excluir la interacción que no es intencional. Por lo demás, quizá sea oportuno recordar que dentro de la interacción, lo “intencional” y lo “no intencional” no puede determinarse unívocamente: cada interactuante puede juzgar a su manera y en forma distinta que el otro, la acción de ese otro. Valga un ejemplo: al frenar un autobús, alguien cae en los brazos de una bella dama, sin querer (sí, hay interacción, pero no intencional de parte de ese desafortunado; el abrazo, para él, no significa “te amo”); desafortunadamente, la dama puede pensar que la acción del otro fue a propósito, y besa tiernamente al caído (hay interacción; pero el beso no significa para ese infeliz lo que quisiera la bella), etcétera.

Por “comunicación” hay que entender aquel tipo de interacción que es intencional; por supuesto, la comunicación puede ser de tantas clases, cuantos lenguajes haya o pueda uno imaginarse: el de la pintura, señales de humo, gestos, señales de tránsito (terrestre o marino), etcétera. Es importante recordar que toda comunicación se da *en, y sólo en*, una situación específica, aun-

que sólo sea imaginaria, y que siempre está encaminada a un objetivo que debe fijarse de tal manera que la interacción del emisor sea comprensible para el destinatario. Cuando se habla, pues, en la teoría del escopo, de un “proceso de interacción” sólo hay que pensar en ese aspecto del actuar humano que es intencional, y donde la comunicación se realiza básicamente con elementos lingüísticos, sin que ello quiera decir que éstos excluyen elementos extralingüísticos.

Según se decía antes, la teoría no puede llamarse moderna en el sentido estricto del término. Hasta hoy, su exposición más adecuada se encuentra en el *De oratore* de Cicerón: sólo hay que leer este libro con terminología moderna y aplicarla al ámbito concreto de la translación que es, por supuesto, un aspecto, una forma de *la comunicación* interpersonal. Desde Cicerón hasta Flor y Adragão²⁷ hay muchas afirmaciones sobre la translación, que pueden entenderse en el contexto de una teoría del escopo²⁸

²⁷ Cf. Adragão, José Victor, “A autonomia do tradutor”, en ICALP Revista 11, 1988, pp. 24-33, y Flor, João Almeida, “Traducir - Algumas linhas para reflexão”, ib., pp. 16-23.

²⁸ Por ejemplo, Tomás de Mercado (†1575) sostenía que, exceptuando los “libros canónicos”, los cuales deben traducirse palabra por palabra (*verbum verbo commutare*), no tiene sentido la traducción literal, porque, *ut Seneca docet, interpretaris est non eundem verborum numerum sectari, sed quibus accommodatoribus potuerit verbis eandem sententiam exprimere*. Quería, pues, que los traductores se hicieran a la idea de verter de manera que la idea del original resultara grandiosa y espléndida, clara para los lectores; por eso, él se proponía una traducción *quae genuinum sensum, veras rerum notiones, propriam sententiarum interpretationem stilo limato, ac leni, verbis selectis, ac idoneis efferreret*; y terminaba su “prólogo” de la siguiente manera: *annuat omnipotens exoptatum scopum attingamus, quem tam strenue, tam anxie conquisivimus*. Llegaba a estas afirmaciones, porque, escribía: *palam est aduertenti, quam sepius quae perspicue ac splendide in uno idiomate dicuntur, in aliud translata ipsum etiam captum effugiant, et intellectum aspernentur, nusquam demum ad lepores accedant priores. Dissidentes linguae dissidentibus constant dialectis* (cf. Thomae De Mercado, ... *in logicam magnam Aristotelis, prologus*, en *Noua tellus*, 13, 1995, p. 184-191, con traducción de Bernabé Navarro), afirmación que, por cierto, nos recuerda un postulado de Bacon (†1294): *quod bene factum est in una lingua, non est possibile ut transferatur in aliam secundum ejus proprietatem quam habuerit in priori* (cf. Roger Bacon, *The Opus Majus*, ed. John H. Bridges, 3 vols., Oxford, 1897-1900, rei.mpr. Frankfurt a. M., 1964: I p. 66 s.).

centrada en lo que es una acción humana y en lo que es la comunicación; curiosamente, dichas afirmaciones fueron sepultadas y, por ello, no tomaron forma ni se estructuraron sistemáticamente en una teoría, hasta 1978. En este sentido, fueron pioneros los trabajos de Holz-Mänttari.²⁹ Por todo ello, sólo en cierto sentido puede llamarse moderna la idea que plantea la traducción desde un enfoque teórico de la acción humana.

Supuestos estos antecedentes y dado que dicha teoría ya puede verse en Cicerón, podemos ahora hablar de Cicerón, y de cómo quería traducir. Para ello, creo que valen la pena algunos señalamientos de tipo histórico; es decir, hay que ver cómo se ve la historia de la traducción hasta antes de Roma, desde la teoría del escopo usada descriptivamente.

Si ha habido en nuestra historia de Occidente una lucha encarnizada digna de un poema, desgraciadamente trágico, esa lucha es, curiosamente, la que ha habido y hay entre el discurso oral y la palabra escrita. En el principio existía el discurso (*logos*), y el discurso incluía en sí armónicamente a la palabra (*lexis*); en su inocencia paradisíaca, el ser humano, sin distinguir palabras, se valía del discurso para comunicar sus experiencias. Tiempo después, como el genio de Prometeo le arrebató el fuego a los dioses, el genio humano le arrebató al discurso la palabra; difícilmente puede uno imaginarse el júbilo y las consecuencias que le produjo al hombre dicho hallazgo. Creemos, por ejemplo, que la suma de las palabras dan como resultado un discurso, y al olvidar que el discurso es algo espaciotemporal y un organismo sujeto a una cultura, centrándonos en las notas de las palabras, descuidamos la sinfonía del discurso. Por otra parte, con el descubrimiento de la palabra escrita, el discurso oral pasó a segundo plano y, lo que es peor, a ser antagonista del discurso escrito.

²⁹ Cf. Holz-Mänttari, Justa, *Translatorisches Handeln. Theorie und Methode*, Helsinki, 1984 (= *Annales Academiae Scientiarum Fennicae B* 226).

Vermeer ha intentado bosquejar los hechos de esta historia desde la teoría del escopo,³⁰ a fin de mostrar cómo ellos han influido en las prácticas traductorales de Occidente, y por qué, al traducir, nos aferramos tanto a la palabra, a esa unidad mínima de significación sobre cuya esencia aún no se ponen de acuerdo los lingüistas. En síntesis, él ve en el discurso oral una función básicamente práctica y dinámica: al principio existía el discurso, pero el discurso se extingue tras haber hecho acto de presencia. La memoria humana conserva durante algún tiempo su sentido, ligado a la situación concreta en que tuvo lugar, pero no conserva la forma de sus elementos, por ejemplo, la forma de las frases y palabras que lo conformaban linealmente. Si uno se centra en esos elementos, el sentido se pierde en varios aspectos. Lo que hace el intérprete es reproducir para alguien ese sentido ligado a la situación concreta en que el discurso tuvo lugar. El origen de la interpretación está en el discurso oral, y el de la traducción, en la palabra escrita: la traducción supone algún texto fijado en alguna forma. Desde su origen hasta nuestros días, los traductores y los intérpretes han ido por caminos distintos.

Tal vez, piensa Vermeer, al principio es el júbilo ante el descubrimiento de la palabra lo que explica ese afán de los traductores por elaborar su texto de traducción palabra por palabra; sin embargo, también influyeron razones de tipo sociológico: los peritos en la escritura eran personas acomodadas, reyes y sacerdotes interesados unos y otros en conservar una situación que los favorecía. Aquéllos tenían el poder; éstos, la verdad revelada, y la verdad está escrita con palabras que, mediante la convincente persuasión del poder, hay que conservar 'fielmente', a fin de que no se pierda la verdad, esa que los favorece.

Los grandes sofistas, y los oradores tras ellos, más allá de válidas razones antiaristocráticas, o quizá precisamente por ellas, se dieron al estudio del lenguaje, y le arrancaron muchos de sus

³⁰ Cf. Vermeer, Hans J., *Skizzen zu einer Geschichte der Translation...* Volumen I, pp. 1-207.

secretos; expusieron, por ejemplo, al público, una de las vergüenzas más íntimas de la palabra: realmente no es ella la que significa las cosas, sino que son las cosas las que le dan sentido a la palabra; cierto: el *logos* no está en relación directa con la realidad, no porque digo algo, automáticamente existe ese algo dentro de la realidad. Definieron el *logos* como un gran potentado que lleva a cabo obras divinas, es decir, una re-creación del cosmos en forma de un cosmos dinámico y operante; porque el ser humano no se mueve por la realidad objetiva, sino por su modo de concebirla, y no concibe a su mundo directamente, sino a través de las palabras, que, por tanto, independientemente de la realidad, puede crear en el oyente un mundo verdaderamente operante. No mueve, ni alegra ni espanta, la realidad objetiva, sino las interpretaciones que hacemos de ella. Aquí puede verse la base de la retórica; allá, la base de la semántica: la palabra no significa por sí misma, sino que es la realidad, es el contexto el que le da sentido pleno a la palabra.

¿Por qué estará Platón sistemáticamente en contra de unas realidades tan obvias, y en busca de una verdad, de una idea objetiva y absoluta? Quizá se encarnó en él ese 'saludable' deseo del ser humano, de ser y tener algo propio, algo escriturado a su nombre: una verdad segura dentro de nuestra efímera realidad antropológica. Esa verdad se plasmó en palabras, y entre más cerca estemos de la palabra 'original', estamos más cerca de la verdad.

Tal estado de cosas puede explicar por qué, ya desde antes de Cristo, existe ese lente de dicotomía con que se enfoca el trabajo de los traductores: traducciones literales (científicas, verdaderas) y traducciones literarias (poéticas) donde, se dice, no existe ni importa la verdad. Quizá por ello desterró Platón de su república a los poetas. A partir de estas premisas, los textos poéticoliterarios se traducían libremente (se adaptaban); se quería, mediante la traducción, crear un texto mejor que el original; es decir, se quería superar el modelo. Por otra parte, los textos científicos se traducían literalmente en lo posible, y con frecuencia, incluso

teniendo en cuenta los elementos de las palabras: a este procedimiento, Vermeer lo llama morfémico o morfemático. Por supuesto, en aquellos tiempos, “la teología pertenece a las *ciencias*: ella es su cúspide. Al mismo tiempo, como palabra de Dios, está comprometida con la verdad, e íntimamente ligada a ésta por voluntad divina; por tanto, las Sagradas Escrituras se traducen, en lo posible, “morfemáticamente”. Esta estrategia morfemática se generaliza por primera vez durante la Edad Media, y se traslada a textos que no son religiosos, y luego, poco a poco, se hace el tránsito desde este traducir *científico*, “palabra por palabra”, al traducir ‘literalmente’, en el amplio sentido del término, todo tipo de textos”.³¹

Con base en fuentes directas e indirectas, Vermeer afirma que en Cicerón se personifica el milenario ir y venir de los traductores entre las estrategias literales y las literarias; es decir, entre sumisión al texto de partida, conciencia retórica de la necesidad de textos funcionales (encaminados a un objetivo) y búsqueda de calidad poética. Esta búsqueda de calidad poética obedecía a un principio vigente en esos tiempos; de acuerdo con ese principio, un texto nuevo (y una traducción es justamente eso) tenía que superar literariamente a su modelo.³²

Las traducciones que hizo Cicerón se perdieron en su gran mayoría, de manera que resulta difícil hacerse una idea clara de ellas; no bastan los comentarios que ocasionalmente hace al respecto. Hasta donde sabemos, tradujo parcialmente la *Iliada* de Homero; el *Protágoras*, el *Timeo*³³ y otros textos de Platón; el *Económico*, de Jenofonte;³⁴ también tradujo a Arato: los *Fenó-*

³¹ Cf. Hans J. Vermeer, en Pedro C. Tapia Zúñiga, *Cicerón y la translatoología, según Hans J. Vermeer* (cf. nota 2), p. 48.

³² Cf. Patricia Villaseñor Cuspinera, “La imitación retórica” en *Acta Poetica* 14-15, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas (Seminario de Poética), 1993-1994, pp. 117-142.

³³ Probablemente sólo se trata de una traducción parcial que, en parte, se conserva.

³⁴ De esta traducción tenemos algunos fragmentos que, en su mayoría, nos fueron transmitidos por Columela.

menos (es decir, sobre las constelaciones) y los *Signos del tiempo* (se conservan 480 versos). Cicerón también tradujo algunos extractos de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes. Es posible que su *De fato*, del cual tenemos quizás un cincuenta por ciento, sea igualmente la traducción de algún original griego que está perdido. Sus últimos escritos filosóficos, lo que posteriormente se llamó “enciclopedia filosófica”, son, en gran parte, adaptaciones³⁵ de escritos filosóficos griegos. En ellos, Cicerón no sólo quería crear una terminología, sino un lenguaje filosófico latino que tuviera al menos la misma alcurnia que el griego. Según escribe en *De oratore* y en *Tusculanae disputationes*,³⁶ intentó traducir a otros autores, tanto poetas como prosistas.

Cicerón traduce de todo; por lo mismo, tiene experiencia suficiente como para hablarnos de traducción. En sus ideas, nos dice Vermeer, ciertamente aún no existe ninguna línea que divida claramente los géneros literarios a que pertenecen los textos de partida;³⁷ sin embargo, siguiendo sus estrategias de traducción, pueden distinguirse a grandes rasgos tres tipos de textos: el filosófico-científico, el poético y, por llamarlo de alguna manera, el retórico. Teniendo en consideración una tesis de Springer,³⁸ Vermeer sintetiza las estrategias traductorales de Cicerón de la siguiente manera: 1. como orador, traduce funcionalmente; 2.

³⁵ En las páginas 28 y 29 de sus *Skizzen...* (cf. nota 2), el profesor Vermeer dice que en la historia de la traducción pueden verse por lo menos tres prácticas de traducción, que se mezclan entre sí: la traducción “literal”; la traducción “libre”, y la adaptación (*Bearbeitung*), que incluye la paráfrasis, la parodia y otras estrategias semejantes; dice que la “adaptación” suele ser de dos tipos: la “repoetización” libre (*freie Nachdichtung*), y la *imiatio*.

³⁶ Cf., *De oratore* y *Tusculanae disputationes*, 1, 34, 155 y 2, 11, 26, respectivamente.

³⁷ Cf., *De oratore*, 3. 27 y 141; *Orator*, 62 y 68, y Herbert Ahrens, *Cicero als Übersetzer epischer und tragischer Dichtung der Griechen*, Diss., Hamburg, 1961, pp. 8 -9.

³⁸ Vermeer remite a Otto Springer, “Otfried von Weissenburg: Barbarismus et soloecismus (Studien zur mittelalterlichen Theorie un Praxis des Übersetzens)”, en *Arbeiten zur germanischen Philologie und zur Literatur des Mittelalters*, München, 1975, pp. 271-297.

como poeta, de acuerdo con la costumbre romana, traduce con el objetivo de, en lo posible, superar el original, y 3. como científico (y aquí hay que colocar también al filósofo), traduce literalmente en lo posible, lo cual, para él, con frecuencia significa “morfemáticamente”.³⁹

Es curioso que en sus disputas acerca de la traducción, Cicerón le dé tanta importancia a la palabra, incluso en sus trabajos sobre discursos griegos, donde se supone que no traduce al pie de la letra.⁴⁰ Al respecto, Vermeer nos invita a examinar con más cuidado esas y otras expresiones ciceronianas sobre la traducción; por ejemplo, aquella que se ha vuelto famosa a base de no ser entendida: *in quibus non verbum pro verbo necesse habui reddere, sed genus omne verborum vimque servavi*; en la versión de Vermeer podría decir esto: “no quise traducir las palabras, sino los discursos [el texto, es decir, su sentido, su estilo, su calidad estilística]”, y en versión del doctor Quiñones: “no tuve necesidad de traducir palabra por palabra; más bien les conservé a éstas todo su origen y su fuerza”.⁴¹ Poco antes, Cicerón había asentado: “no traduje como intérprete, sino como orador”.

³⁹ En el texto original de esta ponencia, después de este párrafo estaba el siguiente: “por el tema de este congreso, ‘la interculturalidad en la traducción’, me parece interesante recordar alguna de las conclusiones a que llegó Ahrens (Cf. Herbert Ahrens, *ib.*, pp. 2, 23-24 y 266-267.), después de un detallado estudio acerca de los intentos que hizo Cicerón de traducir poesía griega al latín. Sobre la base de tres ejemplos (traducciones de Homero, de Sófocles y de Esquilo), concluye de la siguiente manera: Cicerón a veces adopta elementos específicos de la cultura griega, a veces hace una transposición cultural al ámbito romano. Ya que, en comparación con los griegos, que habían sido los destinatarios originales de aquellos textos, su público era menos culto y estaba acostumbrado desde la antigüedad a platillos más fuertes, Cicerón hace explícitas las alusiones del texto de partida, y algunas peculiaridades culturales específicas del mismo; además, tiene en cuenta las diferencias que surgen a partir de la diversa mentalidad de los griegos y de los romanos, sobre lo que es ‘conveniente’; es decir, Cicerón traduce ‘adecuadamente’, considerando a sus propios destinatarios”.

⁴⁰ Cf. *De oratore*, 1, 34 y 155.

⁴¹ Cf. *De optimo genere oratorum*, 5, 14; para las traducciones de estos pasajes, cf. Pedro C. Tapia Zúñiga, *Cicerón y la translatoología*, ... etcétera (cf. nota 2), pp. 47 y 90.

Se decía anteriormente que, en la antigüedad, la traducción recurría a dos estrategias: los textos científicos se traducían literalmente en lo posible y, con frecuencia, incluso considerando las partes de la palabra; por ejemplo, ἐπιούσιος (donde οὐσ-ία = [sub]stant-ia, ἐπί = super, -ιος = -alis) > supersubstantialis. A este procedimiento se le ha dado el nombre de morfemático o morfémico; los textos poético-literarios, por el contrario, se traducían muy libremente (se adaptaban); se quería escribir algo mejor que el original; es decir, se quería superar el texto de partida. Pues bien, en la doctrina retórica de Cicerón, Vermeer, basándose sobre todo en el *De oratore*, vislumbra una tercera teoría de la traducción, una teoría estrictamente funcional. Ahí, dice, si uno sustituye la terminología retórica por una terminología translatólogica, resultaría una teoría del *skopos* de un tinte muy moderno.

Vermeer afirma que, en las prescripciones retóricas de Cicerón, se encuentra (casualmente, si se quiere) una detallada teoría de “actividad translatoria”, admirablemente sistemática. Basta sustituir “el acto de hablar” por la expresión ‘actividad translatoria’. Para la antigüedad y gran parte de la historia de Occidente, hasta nuestro tiempo, la traducción y la retórica eran algo tan distinto, que difícilmente pudo habersele ocurrido a alguien aplicarle a una la doctrina de la otra. Recientemente se ha intentado demostrar que la translación se basa en la retórica y surge precisamente de ella.⁴²

Por supuesto, dice Vermeer, a pesar de los diversos tratados que escribió de arte oratoria, Cicerón es fundamentalmente un práctico; sin embargo, en sus prácticas, si en lugar de ‘retórica’ leemos ‘translación’, y en lugar de ‘discurso’ (*oratio*), ‘texto’, encontraremos una compleja y moderna teoría de la translación.⁴³ Para probar su aserto, Vermeer cita abundantes pasajes

⁴² Cf. Rita Copeland, “The fortunes of *non verbum pro verbo*: or why Jerome is not a ciceronian”, en Ellis Roger et al. (eds.), *The Medieval translator. The theory and practice of translation in the Middle Ages* (conference held 20-23 August 1987 at the University of Wales Conference Centre), Cambridge, 1989, pp. 15-19.

⁴³ Cf. Hans J. Vermeer, “From Cicero to modern times - Rhetorics and transla-

ciceronianos, y los interpreta a la luz de esa teoría moderna. En cada caso, el lector debe realizar un trabajo terminológico, a saber, el de hacer un cambio de los términos antiguos que tradicionalmente han sido traducidos mediante términos retóricos; en su lugar, hay que colocar los términos de la translatoología moderna, a fin de captar el paralelismo de los puntos de vista. Al hacerlo, uno se da cuenta de que realmente la translatoología moderna no interrumpe la secuencia de las antiguas teorías de la traducción, sino que, más bien, en cierto sentido, se adhiere a la teoría retórica antigua. Este procedimiento, dice Vermeer, es tanto más justificado, cuanto que hoy se tendría que hablar precisamente con una terminología retórica actual; por ejemplo, en lugar de ‘discurso’ se diría ‘texto’, etcétera. Los tiempos han cambiado; hoy escribimos mucho más de lo que se escribía en la antigüedad. Al hablar de textos, no sólo pensamos en hablar, sino también en escribir; al hablar de “texto”, no sólo pensamos en las formas de expresión escritas, sino también en las orales.

Vermeer dice que, si hablamos con una terminología moderna, podemos ensanchar el ámbito conceptual de los términos ciceronianos y, en tal forma, aplicarlos a prácticas de comunicación modernas. Según se dijo, está claro que Cicerón pensaba dentro de los conceptos de su cultura, que era principalmente oral, y allí, lo más normal era que los oradores se presentaran ante un tribunal. Nosotros pensamos dentro de los conceptos de nuestra cultura, que en gran parte es una cultura de libros, y donde, por lo mismo, a cada rato nos encontramos con formas de comunicación escrita. Por tanto, si Cicerón habla de *eloquentia*, podemos traducir tranquilamente mediante “procedimiento de producción de textos”; para nosotros, el *orator* es “quien produce textos profesionalmente”. O bien, para modificar nuevamente el ámbito mencionado, donde en Cicerón se habla de *orator*, podemos, de acuerdo con nuestros objetivos (¡teoría del escopo!), colocar la

tion”, en Holz-Mänttari, Justa (ed.), *Translationstheorie - Grundlagen und Standorte*, Tampere, 1988 (studia translatoologica A 1), pp. 93-128.

palabra trasladador. Y así sucesivamente en otros términos retóricos.

He aquí, pues, qué y cómo debe ser el traductor, según los preceptos ciceronianos. Quiere un traductor perfecto, ideal.⁴⁴ Éste siempre se afana por cumplir de la mejor manera los objetivos que se propone⁴⁵ y por adquirir nuevos conocimientos.⁴⁶ Por supuesto, la producción de textos es incumbencia de expertos competentes, con formación: debe darse la palma al *traductor* docto.⁴⁷ La primera condición de una buena producción de textos es la competencia lingüística. Cicerón se queja de la decadencia lingüística entre sus contemporáneos;⁴⁸ sin embargo, dice Vermeer, “ésta es la canción de siempre; yo no creo que se trate de decadencia, sino de cambio, lo cual es muy distinto”. Según Cicerón, hay una clara jerarquía de factores que son necesarios para la producción profesional de textos: habilidad, formación, especialización y práctica. La especialización abarca tanto la teoría de la producción de textos, como el conocimiento amplio y profundo del asunto, del tema en cuestión: según Cicerón, la producción de textos sin conocimiento del asunto es algo vacío, y solo, el conocimiento del asunto no conduce hacia un buen texto.

A cada rato, Cicerón vuelve sobre este punto que, según parece, le preocupaba mucho: sin conocimiento del asunto no puede haber una adecuada (!) producción de textos. Yo sé de muchos casos, muy elocuentes, en que terminamos diciéndole al alumno o al lector: “quién sabe qué dice, pero literalmente dice esto”, ¿no será falta de conocimiento del asunto? Ahora bien, un buen profesional en textos produce un texto adecuado al asunto;⁴⁹ según Cicerón, los estoicos demostraron que argumentaban excelen-

⁴⁴ *Perfectum oratorem*; cf. Quintiliano, 2, 15, 33.

⁴⁵ Cf. *Orator*, 3, 10.

⁴⁶ Cf. *Ib.*, 3, 11.

⁴⁷ Cf. *De oratore*, 3, 35, 143).

⁴⁸ Cf. *Brutus*, 74, 258.

⁴⁹ Cf. *De oratore*, 3, 6, 23; 3, 10, 37; cf. 3, 3, 142.

temente, pero no podían producir un buen texto.⁵⁰ El ser humano, el lector, tiene una habilidad natural para reconocer que un texto es adecuado.⁵¹ Cada día es más libre y franca la reacción de nuestros lectores ante las traducciones de los clásicos: es cada vez más inútil decirle al alumno, que el español de alguna traducción literal es correcto, digno y elegantísimo. Podemos vencerlos con ciertos argumentos, pero no los convencemos: en sí, la literalidad no es suficiente para producir un buen texto. Algo les dice que algo no está bien, que algo no funciona. En muchas de las traducciones a lenguas modernas, se ponen en boca de los clásicos unos textos que jamás habrían suscrito, y parecen, como diría Pedro Salinas, unos inválidos del habla, tullidos de la expresión.⁵²

Por lo demás, sólo puede escribir bien, el que es capaz de pensar inteligentemente.⁵³ La primera condición del arte de elaborar textos profesionalmente es la habilidad natural; sobre ella puede montarse la teoría. Ahora bien, no basta producir un texto; éste, interna y externamente, debe ser agradable y adecuado a su *skopos*, es decir, a su objetivo.⁵⁴ Una buena presentación del texto puede incluso disimular defectos de contenido, o compensarlos un poco.⁵⁵

¿Qué más nos dice Cicerón? Que la teoría precede a la práctica, pero sin práctica ninguna teoría vale la pena; la práctica es la base del entrenamiento.⁵⁶ Según Cicerón, la paráfrasis y la traducción son algo muy semejante; tanto en una como en la otra se trata de reproducir con las propias palabras lo que se leyó en el

⁵⁰ Cf. *Brutus*, 31, 118.

⁵¹ Cf. *De oratore*, 1, 3, 195.

⁵² Cf. Vermeer, "Die Sitten des Staates, die zwei Übel verwüsteten (Ein Kapitel angewandte Translationswissenschaft)", en *Linguistica Antverpiensia* 14, pp. 251-276; reimpr. en Vermeer, *Aufsätze zur Translationstheorie*, 1983, pp. 142-171.

⁵³ Cf. *Brutus*, 6, 23

⁵⁴ Cf. *Ib.*, 29, 110.

⁵⁵ Cf. *Ib.*, 66, 235.

⁵⁶ Cf. *De oratore*, 1, 33, 149; 1, 145, 147; 1, 260, y 2, 74-89.

texto de partida.⁵⁷ Podría citarse más, hasta llegar a textos que provocarían el escándalo: por algo, Cicerón mismo no se atrevió a poner en práctica su teoría. Era demasiado atrevida para sus tiempos. ¿Sólo para sus tiempos?

Termino estos apuntes, como Vermeer termina su capítulo, con otro pasaje de Cicerón, uno del *orator*, 71, 237: “aquí tienes, Bruto, mi opinión acerca del *traductor*; puedes seguirla, si es que te convence, o mantener la tuya, si tienes otra diferente. Sobre este asunto, no voy a pelear contigo, ni a afirmar jamás que este punto de vista que he defendido tan seriamente en mi libro, sea mejor que el tuyo. Porque realmente, no sólo es posible y normal que tú y yo tengamos opiniones distintas, sino que incluso cabe la posibilidad de que yo mismo, en otras circunstancias, piense en forma distinta. Seguro, no sólo en lo que importa para ganarse el asentimiento de los lectores y deleitar los oídos del auditorio (que son cosas realmente de poca envergadura), ni siquiera en asuntos más importantes he encontrado hasta ahora algo más firme para apoyar mis juicios, que esto: seguir aquello que, sea lo que sea, me parezca ser lo más semejante a la verdad, ya que lo que realmente sea la verdad, sin duda permanecerá oculto”.

⁵⁷ Cf. *Ib.*, 1, 34, 155.

